



**Con motivo de la donación de cartas
entre Claudio Gay y Manuel de Salas**

Santiago, 20 de septiembre de 2001

Amigas y amigos:

Nos convoca hoy un acto de generosidad entre dos países y dos hombres: Chile y Francia, Manuel de Salas y Claudio Gay. También la amistad entre esos seres grandes e irrepetibles que suelen ennoblecer nuestra humanidad, a veces tan herida por la violencia, otras enriquecida por el saber y el asombro ante los regalos y misterios de la naturaleza, y los de la historia construida por habitantes de tantos siglos que nos preceden.

Se ha recordado aquí la larga vida de Manuel de Salas (1754-1841), más larga en consideración a lo que era la esperanza de vida en aquellas épocas, que transcurrió entre la época colonial y nuestra Independencia nacional. Fue él uno de los motores del progreso desde el punto de vista político, y también del desarrollo cultural y científico de nuestra patria.

El ideal de Salas era la libertad política, y su lucha por esa causa le valió un largo destierro en la Isla Juan Fernández, durante la Reconquista. Pero sus ideales y lucha se dieron también en todas las áreas del conocimiento.

Claudio Gay, por su parte (1800-1873), cerca de medio siglo más joven que Manuel de Salas, nacido en Draguignan, Provenza, Francia, y estudioso de las Ciencias Naturales, llegó a Chile a los 28 años de edad, como profesor de física en el Colegio Francés de Santiago, cuyo rector era Andrés Bello. La firma, en 1830, de un contrato con el Gobierno de Chile en el cual Claudio Gay se comprometía a hacer un estudio científico de la geografía de nuestro país y de sus recursos, sería el inicio de una larga estadía en nuestro territorio.

Ese estudio, que culminó treinta años después, es la *Historia física y política de Chile*. Sus treinta tomos constituyen las bases del conocimiento de este país, y explican por qué hoy estamos aquí recibiendo valiosos manuscritos inéditos de Salas, que se atesoraban en la Sociedad de Estudios Científicos y Arqueológicos de Draguignan. Gracias al esfuerzo del escritor e historiador Luis Mizón, hemos podido tener hoy estos manuscritos con nosotros.

No nos cabe duda de que en esos días convulsos, cuando esta nación quería apostar a ser independiente, se estaba buscando la forma de dar a este país cimientos imperecederos, aquellos constituidos por el saber, por la comprensión de la propia realidad, por las herramientas científicas y culturales con que cuenta una nación. El entendimiento de Salas y Gay indica que este país nació a partir de algo más sólido que la pura independencia política.

Y es en ese sentido que el ideal de Manuel de Salas, ése de entender la libertad en lo político, económico, científico y cultural, estaba materializado en el propósito permanente de aportar a los demás lo mejor de sí mismo.

Tenía 57 años Manuel de Salas cuando formó parte del primer Congreso Nacional como diputado por Itata. Y promovió, junto con José Miguel Infante, la ley que abolía la esclavitud, la trata e introducción de esclavos a Chile.

Fue de los primeros en pensar en los pueblos indígenas no como enemigos, sino como un aporte a la nación en formación. Colaboró con Camilo Henríquez, o si ustedes quieren, Quirino Lemachez, en *La Aurora de Chile*, y estuvo entre los redactores del Reglamento Constitucional de 1812.

Nunca dejó de trabajar por la innovación científica y técnica, por la modernización y la constitución de una infraestructura de caminos y muelles, por el desarrollo material de la cultura y la introducción de plantas útiles y técnicas industriales.

Fue muchas cosas. Fue alcalde del Cabildo de Santiago en 1775, superintendente de Obras Públicas, síndico del Tribunal del Consulado. A Salas se le debe, además, la fundación de la primera cátedra de matemáticas en la Universidad de San Felipe, la fundación de un colegio de dibujo técnico y la Academia de San Luis, de la cual fue director a finales del siglo XVIII.

Salas es aquel a quien Miguel Luis Amunátegui describe como un hombre “destinado a llevar en sus manos no la espada o el fusil que dan la muerte, sino el catecismo que repartir a los niños de escuela, semillas de lino o gusanos de seda que distribuir a los industriosos”.

Hoy día, recibimos estos manuscritos —desconocidos hasta hoy— que se donan a Chile, y que sirvieron a Claudio Gay para ilustrar aquella parte no contada de nuestra historia tan pública como cotidiana. Contienen reflexiones de Manuel de Salas en torno a los establecimientos de enseñanza superior y bibliotecas, la libertad de vientres, la fundación de un hospicio, las reglas que norman el precio y calidad del pan, los aranceles, la distribución de aguas en el canal del Maipo. Los textos más extensos son dos informes. Uno, dirigido al Tribunal del Consulado, es el primero en que trata el fomento del cultivo del lino, a cuyas virtudes y ventajas alude poéticamente. El segundo texto, más general, se refiere a las funciones propias del Tribunal del Consulado, entre las que caben la agricultura, la enseñanza, la construcción de muelles y caminos, la mecanización del cobre, el desarrollo de una industria de curtiembres, junto a muchas otras.

Todo esto contribuyó a enriquecer el acervo del naturalista galo, de Claudio Gay, y a la idea de divulgar la tarea de los a veces verdaderos héroes anónimos y cívicos, aquellos que contribuyeron a forjar la nación en la época cuando el ministro Portales intentaba establecer las bases institucionales del nuevo Estado.

Las páginas de esta valiosa donación, que retratan tan bien a ese ilustre humanista chileno que es Manuel de Salas, y también su valiosa relación de amistad y complicidad con Claudio Gay, vienen a enriquecer nuestro patrimonio y expresan la constante intención de estos dos grandes intelectuales: mejorar la vida de los chilenos, y ofrecer a los demás el acceso a los bienes naturales, a los bienes materiales y a los bienes culturales que todo hombre necesita para dar sentido y profundidad a su existencia.

Yo quiero agradecer a la Sociedad de Estudios Científicos y Arqueológicos de Draguignan, representada aquí por su presidente; a su bibliotecario, Marcel Jean, por haber facilitado a nuestro poeta, narrador e historiador Luis Mizón, sus investigaciones en esa Sociedad, donde se encontraron estos manuscritos inéditos.

Agradecemos también a la Empresa Nacional del Petróleo, Enap, por haber hecho posible traer a Chile de manera adecuada estos documentos.

Nuestros permanentes lazos de amistad y cooperación con Francia se hacen más profundos con gestos como el que hoy día protagonizamos. Son gestos que han permitido que el patrimonio de un país, el nuestro, se vea enriquecido por el aporte de aquellos ciudadanos del mundo que contribuyeron a mirar, percibir, sentir, escribir y vivenciar nuestra historia desde dentro y fuera de Chile, ayudándonos a profundizar el conocimiento de nuestra propia identidad.

Gay está íntimamente vinculado al desarrollado intelectual y científico de Chile. Lo consideramos uno de los nuestros. Por eso le fue otorgada la ciudadanía por honor, dignidad que pocas veces confiere nuestro Congreso Nacional.

Entendemos que esta identidad de Gay y Manuel de Salas es la identidad de dos tierras, dos naciones, alejadas por la geografía pero vinculadas por ideas comunes, que nos permiten adentrarnos hacia el siglo que hoy comenzamos.

Es tal vez una buena forma de culminar las fiestas de nuestra Independencia, entender que ella se logró también a partir de visiones comunes, las de países lejanos que tienen un mundo similar y valores compartidos, los mismos que hoy queremos aprender. Al iniciar este nuevo siglo, en la vicisitud del momento actual, es bueno ver que doscientos años atrás, Chile también se atrevía a mirar al mundo y hacerse país independiente. Eran desafíos distintos, pero tan grandes como los que hoy tenemos.

Muchas gracias por esta donación.